

★ HIDRA DE LA IGNORANCIA,

SIEMPRE SERAS EL PORTICO DE LAS VIOLENCIAS.

DISCO

REVISTA LITERARIA



BUENOS AIRES

Nº 2

SIEMPRE SERAS EL PORTICO DE LAS VIOLENCIAS

★ HIDRA DE LA IGNORANCIA,

DISCO

REVISTA LITERARIA
MENSUAL

Dirige: J. R. WILCOCK

BUENOS AIRES
DICIEMBRE DE 1945

DISCO

REVISTA LITERARIA MENSUAL

REDACCIÓN: MONTES DE OCA 715

Tel. 26 - 2081

BUENOS AIRES

SUSCRIPCIÓN ANUAL: \$ 10 M/ARG.

EJEMPLAR ESPECIAL DE:

Imprenta López — Perú 666 — Buenos Aires

CASTIGO DE DELINCUENTES

I

Y se alzaré mañana como un velo
el día en mi ventana, silencioso
y en apariencia claro y tan hermoso
como sus ramas verdes sobre el cielo.

Cualquiera podrá verlo sin recelo:
habrá sauces, corderos en reposo,
hilos de plata al viento luminoso,
y pájaros bañándose en el suelo.

Y yo, que en una pena innecesaria
me he consumido como un leño ardiente
que una fuerza ennegrece, ardua y contraria,

yo que ya soy un ascua, una ceniza,
con qué ojos miraré esa luz naciente
que hace triunfar lo que me martiriza!

II

A la Esperanza.

Yo te admiré en las rocas anfractuosas
de una cueva, entre lívidos carbones,
en un lugar de desesperaciones,
y en la insistente muerte de las cosas.

Entrabas por las puertas misteriosas,
y me traías siempre tus razones
hasta aquellas adúlteras regiones
y a la humedad nefasta de esas fosas.

¿Qué me debías, pálida esperanza,
para buscarme así junto a la muerte
con tu mísero trébol de la suerte?

Quizás, como una amante, tu venganza
cuando yo te olvidaba era olvidarte
y venir a salvarme en cualquier parte.

III

De pie, sobre las rocas combatidas
por un mar que se agita en el vacío,
miro este mundo interminable y frío,
lleno de espumas y de extrañas vidas.

Veo en la noche líquenes, y erguidas
cabezas de lagarto en torno mío,
adelante y atrás el mar sombrío,
y unas sendas oscuras y perdidas.

Pero nunca me iré; junto a las olas
quiero mirar por fin el sufrimiento,
y enumerar mis lágrimas a solas.

No aceptaré las joyas de la aurora,
ni los campos, ni el sol, ni el firmamento:
sólo el horror es mío, y lo que llora.

IV

El Amor.

Yo vi un cielo de mármol tenebroso,
y en un fuego escondido el horizonte,
como un reflejo del soberbio monte
donde ondulan las almas sin reposo.

Y vi correr las aguas por un foso,
donde habita el terror, arduo y bifronte;
vi los remos secretos de Caronte
dentro de su recinto cenagoso.

Y la tierra infinita se alejaba
en torno mío como un gran sepulcro
lleno de muertos cuyo ardor no acaba;

y las tinieblas ya deslumbradoras
eran un rostro iluminado y pulcro.
Así he visto el amor, y así lo ignoras.

V

Oh soledad, aléjate un momento,
no muestres esos íntimos horrores;
día tras día he visto tus favores,
y sé lo que es un diario sufrimiento.

Oh noche, no prodigues tu tormento,
como si te gustaran mis dolores,
y no tuvieras víctimas mejores
para arruinarlas en un fuego lento.

Yo sé que soy el único elegido,
que nadie más que yo domina el llanto,
que nadie lo comprende y lo usa tanto;

pero ya he visto el fondo, estoy vencido,
y no hace falta herir de esa manera
cuando queréis que un réprobo se muera.

J. R. WILCOCK.

EL ABUELO DE MÁRMOL

Primer Capítulo

A Silvina Ocampo.

¡Qué maravillosa era la literatura, (y también qué mágica)!

Podía permanecer muchos años recostada en un cajón sin inmutarse, o en un estante, a la espera de una mano que desplegara sus páginas y de unos ojos que transmitieran al espíritu lo que el Espíritu había transmitido a las palabras.

A veces, en los votos de fidelidad y deferencia admirativa que nos inspiraba, podíamos compararla con una flor o con una mirada; porque el contemplar la rosa que en diciembre ofrece una fugaz compañía al jinete de bicornio que con tanta majestad y candor indica la dirección del viento en la glorieta, o los ojos de la persona amada expresando un celeste anhelo —a través de los geranios que descendían por la ventana de su cuarto— por la aparición de una niña peinada con flequillo y vestida de lila, o la lectura de *El Príncipe Feliz* de Oscar Wilde, son momentos de la vida por los cuales el alma deplora no poder convertirnos en una de esas mariposas de noche que buscan el lugar más desaperci-

bido de la habitación para ocultarse, y que cuando se las descubre, al retirar algún mueble de la pared, con las alas religiosamente plegadas y ajenas a nuestras actividades, uno está dispuesto a creer que, deslumbradas en su primer vuelo a través del comedor por las mariposas que vieron estampadas en la sobera y en los platos, decidieron recluirse para dedicar el resto de su existencia a deducir el itinerario de esas compañeras azules y brillantes, tan indecisamente posadas en las flores; a consagrar esa noche como la más linda de su vida, y a no permitir que ninguna impresión nueva perturbara ese recuerdo.

Entonces el alma, ante la imposibilidad de convertir nuestro cuerpo en una mariposa, decide llevarlo muy lejos, hacia un lugar donde nada que pueda hacernos recordar que aún tenemos padres y hermanos nos alcance. Allí, de rodillas y con las manos juntas, meditaremos, amaremos, admiraremos... y ni las tormentas ni el hambre alterarán esa posición, mientras nuestro fervor sea verdadero.

Pero si los ejemplos que anteceden ilustran la palabra *maravillosa* como definición de la literatura, la presencia de ese adjetivo doblemente escoltado por signos de admiración y paréntesis no quedará justificada mientras no describamos algunas de las aventuras que los libros inspiran, y que tanto alientan a realizar, pero que la vida no secunda.

Fué al doblar la última página de *El Pequeño Escribiente Florentino*, cuando le fué revelada la necesidad de participar esa felicidad literaria compleja y prodigiosa (capaz de construir con unas pocas palabras un mundo en el que a partir de ese instante habitaremos, o de transformar una niña alimentando a un pájaro en un volumen de trescientas páginas)

al viento, al río y a las estrellas; y la imposibilidad de compartirla con otra persona que no sea el caminante de barba y ropas desvaídas, que, por estar tan cerca de las aves y los árboles (hasta el punto de que si algún día llegara a enfermarse, sólo un veterinario o un botánico podría curarlo), y por esa frase que nos dicen sus ojos y sus modales: "Sé bueno y gentil conmigo, porque si otra vez volvemos a vernos, ya no será mientras vivas", sería el confidente ideal de nuestros anhelos— si llegara en el momento oportuno.

Y resignándose a que esos encuentros seguramente reconfortantes y encantadores no se efectuaran, pensó en solicitar la ayuda de lo que había tratado de internarse obstinadamente por las páginas del libro mientras leía; de lo que durante los días de tormenta otorgaba perennidad e importancia a resoluciones tales como "No robaré más licor de cacao del aparador" o "No la imitaré más a Greta Garbo en el baile de Mata Hari, y ahora mismo le diré a mi abuela que fuí yo quien le sacó las mostacillas de su traje para hacerme un collar": el viento.

Oficiando el catecismo de enciclopedia para Rosa —puesto que si bien el transcurso del tiempo pudo desvanecer su exclusividad informativa, dejó intacta en cambio la interpretación que éste le inspirara sobre el ritmo del universo y el rol de los elementos que en él actúan— no desconcertará la convicción y la exigencia con que a ellos se dirigió en ciertos momentos de su vida. Y de existir un procedimiento por el cual pudiéramos descubrir cuál es el origen de la fe y de la credulidad incondicional que conferimos a nuestros ideales y amores, éste nos revelaría que la serena beatitud con que sostenían el título de *Catecismo Preparatorio* dos

mujeres con túnicas y grandes bucles, grabadas en la tapa, la penumbra de la sacristía, el olor a incienso y a panal de abeja que emanaba el hábito del sacerdote, la estampa de Santa Rosa rodeada de puntilla (raras entonces, desaparecidas hoy) que éste insertó en la página 17, y el modo con que le obsequió el librito, fueron para Rosa los que convirtieron a frases como “Dios es omnipotente, omnipresente, y el principio y el fin de todas las cosas” o “Los ángeles son seres de naturaleza divina, representantes de la benevolencia y del poder de Dios” en verdades más que irrefutables, axiomáticas.

Para recompensar los deseos aureolados por el amor y la nobleza, Dios y los ángeles estaban simultáneamente a su lado, en las partes más inexplorables del mundo y en el fondo del universo, guiando los vientos, hechizando las aguas, y haciendo retroceder las estrellas. Ante una concepción tan hermosa y conmovedora de la divinidad, los recelos y los titubeos no tenían ya derecho a deslizarse por entre las frases que esos deseos forjaban.

De las repetidas y diversas imploraciones que formuló durante ese año, ésta fué la que, de haber accedido a su ruego, hubiera escuchado el viento:

“¡Oh ráfagas italianas que ondularon el toldo con rayas desteñidas de la panadería “La Solícita” e inquietaron su cartel, y que luego ascendiendo rozaron las facciones de cariátides que sostenían altísimas cornisas, inclinando los pastos crecidos entre sus cabelleras agrietadas! ¿Por qué, cuando pasaron por la ventana seguramente más desapercibida de Florencia, no emplearon todo su poder de seducción para cautivar las partes más imperecederas y adorables del

pequeño escribiente y transportarlas a la carbonera de Los Nardos?”

Y cuando la serpiente que ostenta la cubierta de *El Conde de Montecristo* iba perdiendo su verdor —mientras aumentaba el número de páginas que su mano izquierda sostenía— fué al río de Las Conchas, a quien pidió que acondicionara su aparato respiratorio para poder extraer aire de sus aguas, y la llevara hacia un mar que Alejandro Dumas —desde el cielo que le regalaron los adolescentes— y el jardinero de la plaza (poseedor de una barba castaña, litúrgica y más hermosa que la que lleva el hombre estampado en la carátula de la Editorial Sopena, y que según referencias del jardinero de Los Nardos había leído el libro), desde uno de sus sueños más prestigiosos y coherentes, iban a prepararle.

En medio de olas que al romper produjeran una espuma muy blanca, Edmundo Dantés recorrería una isla con grutas de aspectos diferentes, pero todas igualmente misteriosas; y Rosa, emergiendo de las olas con el pelo suelto e irizado por el mar, cautivaría los ojos y los brazos de Dantés. Sobre una roca, permanecerían inmóviles como en un friso: ella, descansando sobre esa carne todavía deslumbrada por cofres rebosantes de monedas y collares, y él, sosteniendo esa carne extravagante, espiritual y ardiente, que hacía olvidar las esmeraldas, los perfiles acuñados en oro, y comenzaba a deslumbrar su Alma.

ARTURO JACINTO ALVAREZ.

RETRATO DE UNA DONCELLA

D A F N E

Si pudiera morir hasta las hojas
y hasta las raíces de mi cuerpo;
oh tú espíritu, no me dejes
ni una rama ni un brazo suelto!

Para ir desnuda de polvo y cansancio
como un ciervo que tiene el cuello herido,
a dejar correr mi sangre libre,
abierta por el largo río.

Así irá en el espacio ya vacío
de mí, alguien que corra sin fatiga;
con los pies mojados, en la tierra
atados de nuevo a la vida.

CANCIONES DE OPHELIA

*Her hand on her bosom, her head on her knee,
The fresh streams ran by her, and murmur'd her moans.*

W. SHAKESPEARE.

I

El amor nacía entre laúdes,
con una corona de rosas
y un escudo de piedras y hojas.

Pero el dolor llegaba en el viento
ascendiendo por los cristales,
y por las ramas otoñales.

Muero en la música y el aire
tristes, que giran siempre en vano,
con una flor azul en la mano.

II

Niña de la guirnalda
con todo el pelo suelto
por la espalda.

Oh jardín aterido,
conserva entre tus nieblas
el sonido.

De su voz que ha cantado
el amor imposible,
exasperado.

III

Ay la orilla, la orilla,
con todo mi amor de rodillas.

Un rostro he contemplado
sobre las aguas sepultado.

Se sonreía triste
por el amor que ya no existe.

Cuando me he levantado
como el amor, se ha dispersado.

IV

El amor está en el fondo de un lago;
con su herida en el pecho
el amor me espera entre helechos.

Hay sauces quietos en la costa
y ramas reflejadas
mientras descendo, enamorada.

Como un blando madero me deshago
sobre las lunas muertas,
sola, con la boca entreabierta.

DOS SONETOS DE LA ISLA DE MALLORCA

I

Isla lejana donde siempre anduve,
sin llegar nunca y sin partir apenas;
mi sangre iba corriendo en otras venas,
savia de encina y sal que luego tuve.

¿De aquellos olivares, qué retuve
y de las viejas torres con almenas?
Historias de piratas y sirenas,
y el loco mar que por las rocas sube.

Aire puro de almendro en la pradera,
toda mi alma verdecio en la espera
con una nueva y áspera fragancia;

montes largos, bahía y atalaya
en la segura cueva de la infancia;
para volver por fin, cuando me vaya.

II

¿Podré bajar por el camino aldeano
a la fiesta, llevando mi pañuelo
oscuro y leve en el castaño pelo,
con traje de payesa, y de tu mano?

Tal vez el día no estará lejano
oh tamboril, oh flauta bajo el cielo!
Oh pájaro del mar!, sigue tu vuelo
mi corazón vestido de paisano.

Yo soy de nuevo aquella niña triste
que en la leyenda llora, porque existe
una pena de amor, flotando, larga.

Sé tú si quieres agua de la fuente,
toda de hierba clara y sol ardiente
para esta dulce boca, tan amarga!

ANA MARIA CHOUHY AGUIRRE.

EL ALQUIMISTA

ACTO II — ESCENA I

Sir Epicuro Mammon, Adusto, y Face.

Mammon.—*Pulmón, yo pondré un término a tus labores; serás el jefe de mi serrallo.*

Face.—*Muy bien, señor.*

Mamm.—*¿Me oyes? Te cubriré de oro, mi Pulmón.*

Face.—*Sí, señor.*

Mamm.—*Tendré una lista de mujeres y de concubinas, como Salomón, que también poseyó la piedra; gracias al elixir seré tan fuerte y tan duro como Hércules, y cubriré a cincuenta por noche. ¿Estás seguro de haber visto cuando enrojecía?*

Face.—*En sangre y en espíritu, señor.*

Mamm.—*Haré llenar de aire mis colchones: el plumón de las aves es demasiado duro; y tapizaré mi cuarto oval con las figuras que Tiberio trajo de Elefantis, y que pálidamente imitó el Aretino; y luego haré cortar mis espejos en mil ángulos sutiles, para dispersar y multiplicar las imágenes cuando me pasee desnudo entre mis súcubos. Mis neblinas*

serán de perfumes, que vaporizaré en las estancias, y en ellas me perderé; mis baños serán como estanques, donde nos hundiremos y resurgiremos para secarnos rodando entre las gasas y las rosas. —¿Habrá llegado al rubí?— Y cuando sepa que algún ciudadano rico (o un abogado pudiente) posee una mujer sublimemente hermosa, le mandaré mil libras para que me la entregue.

Face.—*¿Y yo las llevaré?*

Mamm.—*No, no utilizaré alcahuetes; usaré madres y padres (lo harán mejor, mucho mejor que los otros); y mis aduladores serán los teólogos más puros y más graves que mi dinero pueda conseguir; elocuentes burgueses serán mis nuevos bufones, y mis poetas serán aquellos que tan sutilmente describen los gruñidos; y de este único asunto siempre conversaré con ellos. Y esos escogidos que se dicen los padrillos de la corte y de la ciudad, y que entre sí calumnian a las mismas damas cuya inocencia conocen, serán mis eunucos, y me refrescarán con abanicos de diez colas de avestruz cada uno, reunidas en penachos. Seremos magníficos, Soplón, apenas tengamos la medicina; mis manjares llegarán en conchas de la India, en bandejas de ágata engarzadas en oro, e incrustadas de esmeraldas, zafiros, jacintos, y rubíes. Lenguas de carpa, comadrejas, y patas de camello, hervidas en espíritu solar, y perlas disueltas: el régimen de Apicius contra la epilepsia; y beberé esos caldos con cucharas de ámbar, cuyos cabos serán de diamante y de carbunclos; mi lacayo comerá faisanes, salmones en escabeche, tringidos, francollines, lampreas; en vez de ensalada me haré servir barbas de comizas; hongos al aceite, y las untuosas y esponjosas ubres recién cortadas de una marrana preñada y gorda, en*

una salsa exquisita y penetrante; y diré a mi cocinero: Toma este dinero; y hazte armar caballero.

Face.—*Señor, me voy un instante a ver cómo progresa (Sale).*

Mamm.—*Bueno. Mis camisas serán de tafetán de Florencia, suave y liviano como una telaraña; y mis otras prendas provocarían al Persa, si éste de nuevo quisiera batallar con el mundo. Y mis guantes, de piel de ave y de pescado, perfumados con esencias del paraíso y aire oriental.*

Adusto.—*¿Y con esto esperáis conseguir la piedra?*

Mamm.—*No; con la piedra espero conseguir esto.*

Adus.—*He oído decir que hay que ser un homo frugi, un hombre santo, piadoso y religioso, libre de pecado; una verdadera virgen.*

Mamm.—*Para hacerla, señor; así es. Pero yo la compro; mi suerte me la proporciona. Él, un honrado infeliz, un buen hombre, notable y supersticioso, se ha pelado las rodillas para conseguirla, y ha gastado sus pantuflas a fuerza de rezar y de ayunar, y seguirá haciéndolo. Aquí viene. No digáis en su presencia una sola palabra sacrílega: sería un veneno.*

Entra Sutil

—Buen día, padre.

Sutil.—*Buen día, hijo querido. Y buen día, también, a vuestro amigo. ¿Quién es? ¿Un aliado vuestro?*

Mamm.—*Es un hereje que he traído conmigo; con la esperanza, señor, de convertirlo..... Debéis perdonarlo; ya os he dicho que no tiene fe.*

Adus.—Y muy poca esperanza, señor, pero mucho menos caridad, por miedo de que me embauquen.

Sut.—Cómo, señor, ¿qué habéis observado en nuestras artes que tan imposible os parezca?

Adus.—Simplemente, todo lo que hacéis. Que incubéis al oro en un horno, señor, como hacen en Egipto con los huevos.

Sut.—¿Creéis acaso que los huevos se incuban así nomás?

Adus.—¿Y si lo creyera?

Sut.—Mayor milagro me parece. Ningún huevo difiere del pollo menos que dos metales entre sí.

Adus.—No puede ser. El huevo ha sido destinado a ese fin por la Naturaleza, y es un pollo en potencia.

Sut.—Lo mismo decimos del plomo y de los otros metales, que se convertirían en oro si dispusieran de tiempo suficiente.

Mamm.—Y eso es lo que soluciona nuestra arte.

Sut.—Sí, porque sería absurdo creer que la naturaleza produjo el oro de la tierra perfecto en un instante; algo hubo antes. Debe de haber una materia más remota.

Adus.—¿Cómo es eso?

Sut.—Bueno, nosotros decimos...

Mamm.—Ahora sí me interesa; defendeos, padre, hacedlo polvo.

Sut.—Por una parte, hay una exhalación húmeda, que nosotros llamamos materia líquida, o sea el agua untuosa; por otra parte, cierta porción crasa y viciosa de la tierra; ambas, combinadas, constituyen la materia elemental del oro; la que no es todavía propia materia, sino que es común a todos los metales y las piedras; porque cuando se los

despoja de esa humedad, y se secan, se convierten en piedras; cuando retienen una mayor abundancia de humedad, se convierten en sulfuro, o en mercurio, que son los padres de todos los metales. Pero esta materia remota no puede progresar súbitamente de un extremo a otro, y envejecer, y saltar los grados intermedios. La naturaleza crea primero lo imperfecto y luego procede hacia lo perfecto. De aquel líquido aceitoso y aéreo, se engendra el mercurio; de la parte crasa y térrea, el sulfuro; el uno —el último— ocupa el lugar masculino, y el otro el femenino, en todos los metales. Algunos creen en el hermafroditismo, y son a la vez activos y pasivos. Pero su acción conjunta torna manuales, dúctiles y extensivos a los demás; y aún en el oro conviven; mediante nuestro fuego encontramos sus vestigios, y en éstos oro; es decir, que podemos producir las especies de cada metal más perfectamente que la misma naturaleza en la tierra. Además, quién no ha visto que el aceite de las osamentas y del estiércol de los animales puede engendrar abejas, avispas, cucarachas, y abejorros; sí, hasta pueden sacarse escorpiones de las hierbas, si se las coloca correctamente. Y éstas son criaturas vivientes, mucho más perfectas y excelentes que los metales.

Mamm.—¡Bien dicho, padre! Habéis visto, señor, que os pulveriza como un mortero cuando queréis discutir con él.

Adus.—Por favor, basta. En vez de haberme pulverizado, he llegado a creer que la Alquimia es un juego bastante apropiado, algo así como las trampas en los naipes, para engañar al hombre y encantarle.

Sut.—¡Señor!

Adus.—¿Qué son si no todos vuestros términos, gracias

a los cuales ninguno de vuestros tratadistas consigue entenderse con los demás? Vuestro elixir, vuestro lac virginis, vuestra piedra, vuestra medicina, vuestro crisosperma, vuestra sal, vuestro sulfuro y vuestro mercurio, vuestro aceite de altura, vuestro árbol de la vida, vuestra sangre, vuestra marquesita, vuestra tucía, vuestra magnesia, vuestro sapo, vuestro cuervo, vuestro dragón y vuestra pantera; vuestro sol, vuestra luna, vuestro firmamento, vuestra sustancia filosofal, vuestros lato, azoch, zernich, chibrit, heautarit, y luego vuestro hombre rojo, y vuestra mujer blanca, con todos vuestros caldos, vuestros disolventes y materiales de orinas y cáscaras de huevo, menstruos de mujer, sangre de hombre, pelos de la cabeza, trapos quemados, tizas, estiércoles y arcilla, polvo de huesos, limaduras de hierro, vidrio, y un mundo de otros extraños ingredientes cuyo nombre nadie podría decir sin reventar.

Sut.—Pues todo lo que habéis nombrado sólo significa una cosa: que nuestros tratadistas han querido oscurecer su arte.

Mamm.—Así se lo dije, señor. Para que el vulgo ignorante no la aprendiera y la vulgarizara.

Sut.—¿Acaso no fué escrita en símbolos místicos toda la sabiduría de los Egipcios? ¿No hablan a veces mediante parábolas los Evangelios? ¿No están acaso las más escogidas fábulas de los poetas, que fueron el manantial y la primera fuente de la sabiduría, envueltas en perplejas alegorías?

Mamm.—Ya se lo he precisado, y le he explicado que Sísifo fué condenado a empujar la incesante piedra, sólo porque quiso divulgar la nuestra.

BEN JONSON.

SONETO

Las almas son eternas, son iguales,
son libres, son espíritus, María;
si en ellas hay amor, con la porfía
de los estorbos crece y de los males.

Nacimos en fortuna desiguales,
no en gustos; la violencia nos desvía;
el tiempo corre lento, y deja el día
de sí hasta en los mármoles señales.

Mas tú ni a tiempo temas ni a violencia,
ni a aquello desigual de la fortuna,
ni tampoco a la más prolija ausencia;

que si nuestras dos almas son ya una,
¿en quién, si no ya en Dios, habrá potencia
que las gaste o las fuerce o las desuna?

FRANCISCO DE MEDRANO.

SONG OF TRAVEL

*In dreams, unhappy, I behold you stand
As heretofore:*

*The unremembered tokens in your hand
Avail no more.*

*No more the morning glow, no more the grace,
Ensbrines, endears;*

*Cold beats the light of time upon your face
And shows your tears.*

*He came and went. Perchance you wept awhile
And then forgot.*

*Ah me! but he that left you with a smile
Forgets you not.*

ROBERT LOUIS STEVENSON.

SONETO

Como Amor es unión alimentada
con pacto de recíproca asistencia,
en la mayor distancia está en presencia
por milagros de fe calificada.

Bien que el sentido, parte ya agraviada
de los prolijos vínculos de ausencia,
ciego se pierde y cede a la violencia
de rayo prometido en luz negada,

la porción superior que unida vive
por misterio de amor a su sujeto,
con tenaces afectos está en gloria;

mas la vista ni logra ni consigue
si no es especies del presente objeto
negadas a la fe, no a la memoria.

CONDE DE VILLAMEDIANA.

NOTAS

HENRY JAMES: *Otra vuelta de tuerca*. (Emecé. Buenos Aires.)

Limitada solamente por la capacidad de los autores, aunque la narración fantástica incluye tantas lamentables pérdidas de tiempo, también puede alcanzar —con Defoe, con Poe, con lo mejor de Onions, con nuestro Borges— una jerarquía que induce a pensar en la superioridad de este género sobre todos los demás en las regiones de la literatura imaginativa; a juzgarlo como el más perfectamente *literario* —sobre todo, en cuanto deba entenderse esto como *lucha contra el tedio*—; y, por lo tanto, a retornar a él en un momento que asiste a lamentables derrotas de la ficción frente a la ingenuidad de la mala fotografía.

Y creo que en esta "vuelta a Henry James" que hoy fecunda a la literatura norteamericana se evidencia la alta jerarquía de la narración fantástica —donde aparece en todo su poder esa suspensión de la duda que, según Coleridge, da la fe poética—, y profetiza, para esa literatura y para todas las que sigan su ejemplo, nuevos mundos imaginarios, más ricos que los inmediatamente transcurridos. Si hay algo peculiar a James —aunque es difícil caracterizar a un escritor tan fértil como él— es su capacidad para sugerir, evitando el relato explícito; don ventajoso e inconveniente, al mismo tiempo, que introduce al lector casi subrepticamente en laberintos de los cuales el mismo autor sería, muchas veces, impotente para liberarlo,

en caso de que hubiera estado interesado en hacerlo. Y se equivocarían quienes pensasen que sólo se trata de un recurso más para elaborar misterios, pues este rasgo de la obra de James no sólo aparece en las que evidentemente constituyen sus historias fantásticas, sino que se repite en casi toda su producción.

Con la perspicacia crítica que alcanzaba algunas veces, me parece que el origen de esto ha sido puesto en evidencia por G. K. Chesterton en uno de sus más sugestivos ensayos (*The Victorian Age in Literature*) al destacar la categoría espectral de los héroes de James, lo que le permitía poner en contacto a unos personajes con otros sin los resguardos naturales que son los cuerpos, y contaminándolos así profunda pero imperceptiblemente.

En *Otra vuelta de tuerca* (*The Turn of the Screw*, 1898) —que hoy alcanza en los Estados Unidos la inusitada popularidad de un *best-seller*— Henry James ha logrado una de sus mayores victorias y, por cierto, las hay muchas en su copiosa bibliografía— contra el mayor enemigo que combatió: *the fatal gift of fluency*.

Sin que se pueda hablar propiamente de exceso, el esfuerzo de imaginación que la buena narración fantástica exige, debe ir acompañado de una rigurosa economía en los medios a que se apele, luchando sobre todo contra los subterfugios verbales, evitando las *trampas simples*, ya que hay una mayor, donde el lector, conscientemente, quiere y debe caer. Naturalmente, nadie mejor que un verdadero *hombre de letras*, un cuidadoso artífice de la prosa —como lo era Henry James en grado superlativo— para realizarlas.

En 1898, con *The Two Magics* (volumen al cual pertenece *The Turn of the Screw*) y en los años siguientes con *The Soft Side*, *The Better Sort* y su inconclusa novela *The Sense of the Past*, el gran novelista demostró su capacidad para la narración fantástica.

Otra vuelta de tuerca ha merecido recientemente la aten-

ción concentrada de los críticos. Muchos —por ejemplo, Edmund Wilson en su *Triple Thinkers*— han visto en ella el minucioso aunque velado estudio de una anomalía sexual, de las que años después caracterizaría Freud.

Imposible es, por cierto, determinar si tales juicios corresponden a la idea de James; verdadero artista —rebelde, por lo tanto, a las confidencias— duplicó su característica ambigüedad frente a quienes le solicitaban explicaciones sobre esta obra. Reconoció una vez que se prestaba a cuantas se quisieran hacer; pero el 19 de diciembre de 1898 escribía que sólo era... *an inferior, a merely pictorial subject and rather a shameless potboiler.*

Aquí el lector no podrá coincidir con el crítico, aunque éste sea el mismo autor, pues la intriga que se desenvuelve en *The Turn of the Screw* es de aquellas que exigen, una vez iniciada la lectura del libro, llegar cuanto antes a su última página, y que intrigan todavía muchos, muchos días más.

Con episodios escalofriantes —intercalados con inigualada habilidad—, el misterio de esta breve novela avanza en un clima cargado de oscuros presagios, poblado por figuras extrañas, entre las que se destacan una gobernante (la neurótica, según los freudianos), y dos niños —Miles y Flora—, de los que no se llega a discernir si se han transformado en pequeños monstruos por la influencia maligna de los espectros de unos antiguos sirvientes, Peter Quint y Miss Jeseel.

Como en *What Maisie Knew* —publicada un año antes que *The Turn of the Screw*—, el lector es enfrentado con niños; pero a la perversión real de lo infantil que existe en aquélla, se agrega aquí la sutil angustia que la indecisión produce, pues es imposible determinar dónde se oculta esa influencia maléfica.

En este relato, James logró su objetivo con una potencia que raramente alcanzó, pues hace pensar en algo al lector; le hace pensar en el mal, y allí le abandona, extraviado en la in-

triga que continúa erigiendo hipótesis y dudas. Concluída la lectura, el reprimido amor de la institutriz sigue fertilizando explicaciones en la mente inerme, que carece de toda indicación que pueda darle una salida.

La edición argentina de este libro —que corresponde a la colección "La Quimera" de la Editorial Emecé— está hecha sobre una cuidadosa traducción de José Bianco.

E. L. REVOL.

MARCEL PROUST: *Sodoma y Gomorra*. (Editorial Rueda.)

En una sola obra condensaron los grandes escritores del mundo toda su época; en la *Divina Comedia* leemos todo lo que sabía y lo que podía imaginar un hombre del siglo XIII; la serie armoniosa y de ningún modo incompleta o fragmentaria de las obras teatrales de Shakespeare es la explicación del universo de un inglés de fines del siglo XVI. El escritor es un hombre que reúne en sí los infinitos conocimientos y cualidades de un momento dado; los extiende sobre el papel, los ramifica en un juego tan sutil como el camino circulatorio de una piel transparente al microscopio. Y de innumerables concreciones, anécdotas, explicaciones y debilidades, surge en el instante de la lectura un solo espíritu y un solo estado de conciencia, que es, visto de un lado, el espíritu de la época, y visto del otro, el mismo autor.

Por eso *La Recherche du Temps Perdu* parece a veces una minuciosa fotografía de Proust, y otras veces un registro infalible de una sociedad demasiado próxima en el tiempo a la nuestra, y que casi es la nuestra. Este resumen del mundo, este archivo de nosotros mismos, hasta ahora la obra novelística más importante de nuestro siglo, no puede seguir tan ignorado,

y no debe ser malgastado por nuestro olvido. Se conocía la débil traducción de Salinas: se dudaba de su incompleta infidelidad, que abarca hasta el final de *Guermantes*. La aparición de *Sodoma y Gomorra* obliga a explicar, a asegurar al lector español que toda la oscuridad, la confusión, la distracción, el balbuceo, la inconexión y la ausencia de sintaxis de este tomo no figuran en el original en francés.

Es cierto que Proust es muy difícil de traducir, que hay frases tan largas que parecen sostenerse en el aire por un misterio indescifrable. Pero no hay excusa para las frases cortas, traducidas a veces palabra por palabra con este resultado: *No decía cuál era la cosa horrible y lo hubiese dicho que sin duda sería un invento* (pág. 326), o: *Y creo que tenía tal apego por mí al extremo que la otra persona era más celosa que yo mismo.*

Otras veces, las frases del traductor se desintegran totalmente a partir de la mitad: *Y la naranja exprimida en el agua parecía entregarme, a medida que yo bebía la vida secreta de su maduración, su acción feliz contra ciertos estados de ese cuerpo humano que pertenece a un reino tan distinto, su impotencia para hacerlo vivir; pero, en cambio, los juegos de riego por donde podía serle favorable y cien misterios revelados por la fruta a mi sensación, de ninguna manera a mi inteligencia* (pág. 101).

La impresión, taladrada de erratas, alberga confusiones tan serias como la de esta frase: *... como todos los que pecan por algo y simulan que no les reprocha otra cosa*, donde desapareció por equivocación la *u* de *uno* y quedó la sílaba *no* (pág. 97).

De todos modos, no dejamos de recordar con emoción que en este tomo aparecen la famosa fiesta de *Guermantes* junto al surtidor de Hubert Robert, la angustiosa espera nocturna al lado del teléfono, y la explicación de como nace, inadvertidamente, el amor.

S U M A R I O

J. R. Wilcock: Castigo de Delincuentes — *Arturo Jacinto Alvarez*
El Abuelo de Mármol — *Ana María Chouby Aguirre*: Retrato de
una Doncella — *Ben Jonson*: El Alquimista — *Francisco de Me-*
drano: Soneto — *Robert Louis Stevenson*: Song of Travel — *Conde*
de Villamediana: Soneto — NOTAS sobre: *Henry James*: "Otra
Vuelta de Tuerca" — *Marcel Proust*: "Sodoma y Gomorra".

\$ 1.— m/arg.